

## ... Capítulo I ...

Debemos de estar terminando. Apuro el mejor momento del día, deseando que durara para siempre. Absorto en una especie de trance placentero y tranquilo, apenas noto cómo Marta acerca su mano a nuestro atril y pasa la página en una maniobra tan sutil como certera. Me aferro a los últimos compases de Mahler, acariciando mi violín como un condenado a muerte saborearía su último bocado. La sinfonía N°2 "Resurrección" es el bálsamo que mi espíritu necesita; el antídoto perfecto para todos mis venenos. Ya tuvimos la gran suerte de interpretarla hace un par de años. Igual que hoy, la dirigía nuestro director titular, el británico Martin Greenaway. Era verano. La orquesta realizaba una gira de conciertos por Centroeuropa. Para mí fue muy emocionante: mi primera gira, mis primeras semanas en la orquesta, mi primer trabajo importante. Casi todo era nuevo para mí, y trataba de empaparme de todo lo antes posible. Naturalmente dominaba mi violín, pero no sabía cómo funcionaba una gran orquesta. No conocía el oficio. Por eso, a veces tenía que disimular mientras seguía aprendiendo. Naturalmente, todos sabían que era de los nuevos, pero no estaba dispuesto a ser el más capullo. Durante la gira empecé a conocer de verdad a mis compañeros. Nada como dormir fuera de casa para profundizar en las relaciones personales, y rascar un poco el caparazón de la gente. Las personas solemos mostrarnos más vulnerables fuera de nuestro hábitat. En mi caso era distinto, porque la música es mi hábitat. Esa era mi ventaja, que seguramente me ayudó a integrarme más rápido de lo normal en la orquesta. Durante la gira fui descubriendo algunas de las manías, las debilidades, y los vicios de mis compañeros. ¿Por qué siempre nos llama más la atención lo negativo de las personas? Es verdad que la orquesta era todo un teatro de vanidades y luchas de poder, pero no sólo era eso. No

tardé en comprender que éramos una gran familia, con todas sus implicaciones. Por otro lado, pronto sentí que la orquesta no era más que un fiel reflejo del mundo. Todo estaba allí, en mitad de un pintoresco decorado de instrumentos musicales, partituras y trajes de concierto. Pero en definitiva, entre los atriles había tanta comprensión, generosidad, y grandeza, como envidia, celos, intolerancia y soberbia.

Afortunadamente uno no logra acceder a una gran orquesta por arte de magia. De alguna manera, si llegas a este punto de la partida, es porque estás bien preparado, y no solamente para tocar todas las notas del mundo; estás preparado para casi todo.

Lo que mucha gente no sabe, y yo mismo tan sólo intuía, es que para tocar en una gran orquesta dominar el instrumento es una condición indispensable, pero ni mucho menos suficiente. Aunque parezca un contrasentido, uno puede ahogarse en mitad de la más grandiosa de las sinfonías, y no todo el mundo es capaz de respirar.

De todas formas, tan pronto como me incorporé a la institución, tuve claro que lo que me interesaba por encima de todo era la música: no había llegado hasta allí para hacer amigos. Había logrado acceder a la Orquesta Nacional a través de unas competidísimas pruebas, con aspirantes de mucho nivel llegados de todo el mundo: coreanos, rusos, franceses, ingleses, checos, polacos, portugueses,... Yo había terminado brillantemente mis estudios en el Conservatorio Superior de Música de París hacía pocos meses, y no paraba de preparar concursos, audiciones, pequeñas colaboraciones con orquestas, conciertos de cámara y todo tipo de bolos. Era una especie de depredador con hambre de música, siempre buscando mi oportunidad. Sabía que tenía talento, y tenía las cosas claras con un objetivo fijo en mi retina: triunfar en la música. Mi violín era mi compañero de batallas. Es verdad que hacer música con un *Guarneri* de trescientos mil euros suponía una gran ventaja. No era mío, ni falta que hacía. Me bastaba con tener el

privilegio de tocarlo. Había llegado a mis manos a través de un benefactor, en una extraña carambola de la vida, cuando todavía estudiaba. El Guarnieri es mi droga: a cambio de consumir casi todo mi tiempo, me proporciona el placer y la energía que necesito. A veces, como en aquella película, fantaseo con cómo habrían sido las vidas de todos los violinistas que tuvieron en sus manos este gran violín.

La percusión refuerza solemnemente los compases finales de la sinfonía.

Greenaway se queda petrificado por unos instantes, dramatizando el silencio final que por un momento resuena eterno. Esboza una sonrisa sincera, que transmite satisfacción y energía:

– ¡Bravo! Buen trabajo. Todavía faltan cosas. *Nevermind*. Ha sido un estupendo ensayo. *Very good*. Les espero mañana con energía. *Thank you very much* – El maestro es todo un Gentleman. Su talento no se le ha subido ni una pizca a la cabeza a pesar de su juventud y el gran éxito que ya cosecha. La profesión y la crítica se rinden a sus pies. Es raro el mes que no aparece entrevistado en algún periódico, en alguna revista importante, en la radio o en la televisión, de España o de cualquier otro país. Como no puede ser de otra forma, el público también le adora. No sólo es un grandísimo director, sino una gran persona, muy amable y cercana. No hay duda de que Martin Greenaway disfruta de un éxito bien merecido. He conocido a pocos músicos con tanto talento. El maestro es capaz de escuchar cualquier sonido en medio de la gran masa orquestal, dispone de una paleta infinita de matices que sabe transmitir magistralmente a la orquesta, y conoce el repertorio más que al detalle. Greenaway se acerca a cada obra sin prejuicios, como si fuera un investigador o un descubridor, y al mismo tiempo parece conocerla mejor que el mismísimo compositor. Nadie duda de que el inglés se hace todopoderoso en el podio, hipnotizándonos sin esfuerzo con su batuta. La orquesta es

suya. A sus 25 años, ya ha sido tentado por varias de las agrupaciones más prestigiosas del mundo. Renunció a una prometedora carrera en Berlín, Viena, Chicago, e incluso Londres, su ciudad natal. Y ¿Por qué? Nadie lo sabe con certeza. Suponemos que se empeña en seguir en Madrid a toda costa porque ama la ciudad, nuestra forma de vivir, nuestro clima y nuestra gastronomía. Pero sobre todo porque está perdidamente enamorado de Eva, su adorable novia española. Creemos que Eva es modelo o actriz, aunque no es famosa. Sólo son especulaciones. Lo cierto es que es una chica verdaderamente especial; su belleza y la armonía de sus movimientos, su sonrisa y su saber estar la hacen cautivadora. Es una Audrey Hepburn moderna de cabello y piel oscura.

Greenaway da un pequeño saltito y nos lanza un último saludo cercano a la reverencia, con cierto toque cómico, para confirmar su despedida. La orquesta ríe y aplaude.

Se nota que todos le admiramos, porque se sabe cuando esos sentimientos son sinceros ¿Cómo no le vamos a admirar? Greenaway nos respeta, y sabe motivarnos para conseguir nuestra mejor versión.

Todos sabemos de sobra que Greenaway es con diferencia el mejor director al que podemos aspirar, y queremos retenerle a toda costa.

Todavía recuerdo el día que me presenté a las audiciones. Flotaba mucha tensión en el auditorio, tan grande, tan imponente, tan vacío. Una vez que empecé a tocar me dejé llevar, fluyendo, mostrándome auténtico, notando que mi interpretación era compacta y sincera. No había ni rastro de los nervios previos. En el Flamenco lo llaman “duende”. Otros hablan de las musas, la magia, la inspiración,... Al terminar miré a los ojos a cada uno de los miembros del tribunal. Es increíble lo que uno puede llegar a ver cuando se atreve a mirar. Eran cinco, y yo no conocía a ninguno de ellos. Mi mirada se detuvo en

Greenaway, tal vez porque lo había visto en Internet y en la prensa. Reconocí su expresión, y supe que le había gustado; que me iba a elegir. Horas más tarde leí mi nombre en el tablón de anuncios, y mi alegría fue inmensa. Me sentí como nunca.

El Maestro había empezado su contrato en la orquesta sólo unas semanas antes. Así que podía decirse que llevábamos carreras paralelas. Yo me veía como su primer fichaje.

Greenaway busca la mirada de Eva, como quien espera convencido el premio por el deber cumplido. Eva se levanta de su asiento, esperando su llegada. Ella sólo tiene ojos para él. No ha dejado de contemplarle en todo el ensayo. O es una excelente actriz, o está perdidamente enamorada. Juraría que ambas cosas. El maestro se aproxima con elegancia. Se miran, hablan, ríen, se vuelven a mirar, cada vez están más cerca, juntan sus manos, se acarician sutilmente, se besan,...

-Ángel. Ángel! – Me giro hacia Marta. Estamos guardando nuestro violín, mecánicamente, pero con el cuidado de siempre. – Despierta. Estás embobado. – Hay un leve tono de reproche en ella, que identifico como cuando sé que mi violín no está afinado.

– Sí. Perdona, se me ha ido la cabeza por un momento. Estaba recordando... – Consigo decir para salir del paso. Sus palabras me llevan a intentar recordar cuando ella me miraba de la misma manera que Eva a Greenaway. Me cuesta, y noto que mi mente se colapsa al intentar pensar en cómo la miraba yo a ella. Es como si un virus hubiera borrado esos recuerdos de mi memoria.

-Adiós Marta. Hasta mañana. -Marta alza su mirada penetrante y diáfana. Sus ojos verdes y su piel clara y delicada me recuerda que es tan especial como la novia de Greenaway, o quizás más. Hay gente que no parece real, que parecen salidos del mejor de los sueños que uno haya tenido. Nunca he tenido claro si para todos los demás mortales es la misma gente, o no.

-Hasta mañana – contesta manteniendo su mirada algo más de lo normal, con gesto analítico. Me mira raro, como si quisiera descifrarme. Pero no como a un bicho raro, sino con cariño, con comprensión. ¿Por qué nos costará tanto pensar y recordar algunas cosas? Siento que mi memoria es cada vez más frágil; menos fiable..

Me dirijo a la salida, despidiéndome sin contemplaciones de algunos compañeros.

-Ángel, ¿vendrás a mi fiesta, no? – Veo una sonrisa de actor secundario de Hollywood. Sostiene una trompeta. Es Manuel, el solista de trompeta.

-Sí... creo que sí... ¿Cuándo era? – No dejo de sorprenderme de que la gente todavía me invite a fiestas. Llevo más de un año sin aparecer por ninguna, esgrimiendo todo tipo de excusas inverosímiles. Desde niño aprendí que para ser creíble no importaba tanto la excusa en sí, sino la forma de contarla.

– El sábado, tío, que no estás a lo que estás... – suelta una breve pero potente y nerviosa carcajada – Tanta música te va a matar. Ya verás. Vas a morir de aburrimiento y ese Guarnieri te va a enterrar.

– Bueno, no sería el primero – soltamos una carcajada breve pero intensa – Allí estaré –  
Abandono el escenario y me dirijo hacia la salida. Me preparo para enfrentarme al desolador camino de vuelta a mi apartamento. Soy consciente de que todo cambia cuando atravieso las puertas del edificio; Al pisar la calle me hago diminuto. Comienza entonces una nueva sinfonía para mí, donde el nerviosismo y el malestar son el profundo leitmotif que marca mis pasos. Sé que me esperan diez interminables minutos de agonía.

– ¡Ángel! ¡Espera! Han dejado algo para tí – Uno de los conserjes se acerca desde el mostrador y me entrega un sobre. Su tacto es distinto al papel; es mucho más suave y acogedor. El sobre está lacrado, con un emblema de color verde profundo y lleno de

matices, y un diseño tan carismático como irreconocible y atemporal. Lo abro con cierta culpa, con la sensación de que no debe de ser para mí. Después de todo, ¿quién me escribiría en un sobre así? Nunca he recibido correspondencia en el auditorio más allá de alguna publicidad insignificante, y no creo que esta vaya a ser la primera vez. Por otro lado, la carta ha captado todo mi interés. La abro. Desdoblo el folio. Intento leer lo que pone, pero ni siquiera consigo intuir en qué idioma está escrito. Además las letras empiezan a temblar. Todo está borroso; es como si la tinta estuviera viva y jugara conmigo. Qué desapacible es esa sensación de que estuvieran jugando contigo.

Apenas consigo distinguir el mismo emblema del lacre en la parte superior del folio.

– ¡Ángel! Espera – Es Greenaway, cruzando a paso rápido el amplio vestíbulo en mi búsqueda. Parece nervioso. Se ha dejado a Eva atrás. – Esa carta es para mí. – Me dice alargando su brazo. Asiento, y miro de nuevo el sobre. Cómo no habré visto que el sobre estaba dirigido a Martin Greenaway.

– Lo siento, me han dicho que era para mí, y...

– ¡Tranquilo! No importa. See you tomorrow Ángel. – Me dice el maestro ya sin rastro de nerviosismo.

– Hasta mañana Maestro.

Greenaway da media vuelta en busca de Eva. Es la hora. Pongo en marcha mi cronómetro. A veces me ayuda saber cuanto falta para que acaben los diez minutos. Atravieso la gran puerta de cristal que separa el paraíso del infierno.

Trato de no pensar. Me concentro en respirar y en caminar tan rápido como pueda. Sé que sólo es ansiedad: nada más y nada menos, pero mi mente vuelve a jugarme una mala pasada. No tengo control sobre mí mismo. Cruzo las calles temerariamente, como una presa huiría de su depredador. Lo malo es que es una huida imposible cuando tú

mismo eres tu presa y tu depredador. Varios coches me pitan, a punto de atropellarme. Noto las miradas inquisidoras de los viandantes. Huyo de la luz, me escondo de la gente. Intento esquivar mis pensamientos. Me molestan los ruidos, me molesta el aire. No me aguanto a mí mismo. Quisiera desaparecer. Miro el cronómetro. Me faltan tres minutos y medio. Aprieto los dientes, trato de resistir. Intento animarme, recordando que cada día acabo consiguiendo llegar a casa.

Una vez más, abro la puerta de mi apartamento exhausto, envuelto en una triste derrota de sudor frío y taquicardia. Ni siquiera soy capaz de alegrarme de que el infierno haya terminado por hoy. Diez minutos son suficientes para descargar toda la energía y el bienestar acumulados durante el ensayo. Es mi cruz. Es mi calvario. Es mi penitencia.

.....